

La Comunicación Domesticada. La perspectiva crítica en comunicación y las figuras de su declive

*Domesticated Communication. Critical Perspectives on Communication
and the Shapes of their Decline*

*A comunicação domesticada. A perspectiva crítica na comunicação e
as figuras de seu declínio*

—

Claudio SALINAS MUÑOZ

Universidad de Chile / claudiorsm@yahoo.com

Hans STANGE MARCUS

Universidad de Chile / hstangemarcus@yahoo.es

Carlos OSSANDÓN BULJÉVIC

Universidad de Chile / cob2002@u.uchile.cl

—

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación

N.º 139, diciembre 2018 marzo 2019 (Sección Ensayo, pp. 271-291)

ISSN 1390-1079 / e-ISSN 1390-924X

Ecuador: CIESPAL

Recibido: 27-12-2017 / Aprobado: 10-07-2018

Resumen

Este ensayo propone que las concepciones sobre ciencia que están en la base de las definiciones de la investigación en el campo de la comunicación no alcanzan a configurar un trasfondo epistemológico. Dicho de otro modo: es una idea de ciencia básicamente instrumental, que identifica ciencia con método, pero no construye debate epistemológico, puesta como está a organizar la administración de la producción científica de esta área del saber. Es en este contexto que el ensayo describe cuatro pérdidas que han afectado al campo de la comunicación en América Latina durante los últimos treinta años: la pérdida de perspectiva histórica y epistemológica; de una comunidad de debate; de una dimensión referencial y de capacidad comprensiva de la realidad.

Palabras clave: comunicación; epistemología; ciencia; perspectiva crítica.

Abstract

This essay proposes that main conceptions about science, at the base of several definitions of research in communication, do not achieve a structured epistemological background. In other words: communication research manages basically instrumental ideas on science, which identify it with method, but does not construct an epistemological debate. Instead, the field organizes some concepts just to administrate scientific production of this area of knowledge. In this context, the essay describes four losses that have affected the knowledge of communication in Latin America during the last three decades: the loss of historical and epistemological frames; the loss of a community debate; the loss of referential dimensions and the loss of ability to understand social reality.

Keywords: communication; epistemology; science; critical approach..

Resumo

Este ensaio propõe que as concepções sobre ciência que estão na base das definições de pesquisa no campo da comunicação não conseguem configurar um fundo epistemológico. Em outras palavras: é uma ideia de ciência basicamente instrumental, que identifica a ciência com o método, mas não constrói um debate epistemológico, embora organiza a administração da produção científica dessa área de conhecimento. É neste contexto que o ensaio descreve quatro perdas que afetaram o campo da comunicação na América Latina nos últimos trinta anos: a perda da perspectiva histórica e epistemológica; de uma comunidade de debate; de uma dimensão referencial e de uma capacidade abrangente para interpretar a realidade.

Palavras-chave: comunicação; epistemologia; ciência; abordagem crítica.

Imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida.
Ludwig Wittgenstein

(...) como lo había advertido Gramsci, ninguna ideología ni
teoría adquiere su verdadero valor hasta que encuentra un
partido, vale decir, una expresión
organizacional-institucional.
Stuart Hall

1. Introducción

Es cada vez más común encontrar, en el ámbito de los estudios críticos de comunicación en América Latina, trabajos que recurren en su construcción teórica a autores como Foucault, Deleuze, Williams, Hall, Virno y otros de diversas índoles críticas, cuyos conceptos –referidos a procesos históricos, mentalidades o a cuestiones políticas– son “operativizados” mediante metodologías que provienen del campo del *framing*, del análisis de contenidos, de los estudios de *agenda-setting*, aplicados a casos pequeñísimos o a situaciones de estudio locales de los que poco conocemos sus contextos o antecedentes. La operativización de marcos teóricos filosófico-políticos, vertidos en esquemas metodológicos que oscilan entre las categorías analíticas del estudio del discurso y de la etnografía, omiten muchas veces el trasfondo de debate que les da pleno sentido en aras ya sea de abreviar la exposición para dejar lugar a la descripción de resultados, ya de simplificarla para corresponder las claves teóricas con las variables de análisis. Como sea, el problema no es abordar la comunicación desde una perspectiva político-filosófica, ni estudiar objetos empíricos desde métodos sociológicos.

El problema parece ser otro, justo en el cruce de ambas aproximaciones. En efecto, en trabajos anteriores (Salinas, Stange & Ossandón, 2015, 2015b) hemos señalado que la perspectiva crítica en la investigación en comunicación pagó el precio de su inscripción institucional en la forma de una desactivación política y una confusión epistemológica que redujo toda problematización teórica a las exigencias de una cientificidad disciplinaria. En estos trabajos planteamos que el declive de las perspectivas críticas observado por diversos autores (Castro-Gómez, 2001; Reinoso, 2000; incluso el propio Martín-Barbero, 2002) refiere a un debilitamiento de su potencial político a causa de unos modos específicos de institucionalización en el campo académico latinoamericano.

Para corroborar estas observaciones, hemos revisado la evolución histórica de una serie de dimensiones representativas del trabajo de investigación, tal como se presentan en 36 ediciones de seis revistas señeras del campo, desde 1981 hasta 2013. Se trata de las revistas *Signo y pensamiento*, *Chasqui*, *Revista*

latinoamericana de comunicación, *Diálogos de la comunicación*, *Razón y palabra* y *Comunicación y medios*. Otras revistas podrían también ser consideradas en la revisión, pero creemos contar con una muestra suficientemente significativa de algunas de las publicaciones con mayor trayectoria en el campo, y que experimentan su proceso de institucionalización¹.

En total, se examinaron 406 artículos publicados en dichas ediciones. Las dimensiones estudiadas fueron: los temas y objetos de estudio de cada artículo; los marcos espaciales y temporales en que se inscriben los textos; las filiaciones institucionales y procedencias disciplinarias de los investigadores; las referencias bibliográficas; las aproximaciones metodológicas y, por último, los formatos discursivos de los textos. En un segundo momento, se seleccionaron 17 de estos artículos (aquellos cuyo tema era la historia, la metodología o las bases epistémicas de la comunicación) para un examen más profundo de las dimensiones “metatextuales” del campo.

2. Un recorrido por las prácticas de investigación en comunicación

Los estudios críticos en comunicación tienen antecedentes muy importantes en la década del setenta, principalmente en lo que respecta al estudio ideológico de los mensajes comunicacionales, la crítica a los enfoques de la *Mass Communication Research* y las preocupaciones por la concentración de propiedad de los medios (Beltrán, 2000; Mattelart, 1970).

Esta perspectiva se refleja en los artículos publicados por lo menos hasta la primera mitad de la década del ochenta. Los principales temas tratados en ellos son el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (17,6%), las políticas nacionales de comunicación (9,8%), el estatuto científico de la comunicación (7,8%), y las nuevas tecnologías (7,8%). De manera consistente, las referencias de los artículos son principalmente hacia el Informe McBride, Luis Gonzalez Motta, Abraham Moles, Mario Kaplún, Paul Lazarsfeld, Eliseo Verón, Marshall McLuhan, UNESCO, Antonio Pasquali y David Berlo. Tanto los temas como las referencias tratadas indican una preocupación política en la constitución del campo, así como un interés por reflexionar críticamente el estatuto y validez científicos de las investigaciones, a pesar de que dicho carácter es más deseado que real: en efecto, el 21,5% de los trabajos del periodo no presentan metodologías explícitas y el 29,4% ofrece enfoques que combinan métodos «patentados» por la *Mass Communication Research*. con aproximaciones propias del marxismo (una especie de «cientificismo de izquierda» propia del marxismo estructuralista). El 25,4% de los artículos estudiados ofrece méto-

1 Alguien podrá preguntar: ¿por qué no revisar libros o actas de congresos? ¿Por qué solo revistas? La respuesta sería: porque para reconstruir series históricas de las prácticas científicas del campo, las revistas ofrecen el material más persistente a lo largo de los últimos treinta años.

dos empíricos o basados en estadísticas económicas y casi no hay trabajos que estudien discursos o representaciones. Sin embargo, el formato de los textos es principalmente el ensayo teórico (68,6%), lo que evidencia que es el interés por la discusión teórico-política la que conduce los objetivos de estos trabajos. Esto lo sabemos porque más de la mitad de los artículos aluden directamente a las condiciones presentes de sus objetos de investigación –sobre todo los que refieren a las políticas nacionales de comunicación en algún grado– y un tercio de ellos enmarca los alcances de sus proposiciones en el ámbito regional latinoamericano de forma explícita (otro tercio coloca sus resultados en un ámbito de discusión mundial, sobre todo al referirse a las “asimetrías comunicacionales Norte-Sur”).

Es importante notar al menos dos rasgos característicos de las revistas publicadas en estos años. Primero, su interés por incidir en los debates contingentes las llevan a abrir sus páginas a congresistas, políticos en ejercicio, autoridades de gobierno, periodistas de medios masivos, etc., quienes evidentemente están por fuera de lo que podríamos entender como campo académico de las comunicaciones (esto es particularmente notorio en las ediciones de la revista *Chasqui*, editada por CIESPAL). Segundo, es explícita la necesidad de definir dicho campo académico, lo que motiva la publicación de no pocos artículos acerca de la pertinencia de diferentes metodologías, la organización curricular de la enseñanza universitaria, la consolidación de agendas de investigación y el rol social del comunicador como “científico”. Es patente este esfuerzo en el número 3 (1983) de la revista *Signo y pensamiento*, editada por la Universidad Javeriana de Bogotá, cuyo monográfico se titula «Investigación es la consigna».

La década siguiente (1985-1995) asistirá a un desplazamiento del análisis comunicacional desde los métodos empíricos hacia los métodos discursivos. Bajo la impronta de Gramsci y del redescubrimiento del factor *cultural* gracias a los impulsos de los *cultural studies* de raíz anglosajona, los estudios en comunicación abren importantes nuevos derroteros para la investigación: se enfatiza más en las *mediaciones culturales* que en los medios, se busca conectar y no separar la cultura de masas de las culturas populares (Martín-Barbero, 1987).

Los principales temas abordados son las audiencias y los estudios de recepción (20,5%), el estatuto disciplinario de la comunicación (17,6%), el rol de los medios en los regímenes democráticos (14,7%), los estudios sobre campañas y marketing político (11,8%) y la cultura popular (8,8%). Las principales referencias citadas en esta década son: Jesús Martín Barbero (referido por la mitad de los artículos, al menos), Armand Mattelart, José Joaquín Brunner, Jean-François Lyotard, Jürgen Habermas, Mauro Wolf, Jean Baudrillard, Stuart Hall, Norbert Lechner y Raymond Williams. Es evidente la fuerza con que aparecen autores de los *Cultural Studies* junto con la ostensible disminución de referencias provenientes de corrientes como la “comunicación administrativa” o de la primera época crítica, con la excepción de Armand Mattelart.

Otro cambio interesante es que la totalidad de los autores de esta década realiza trabajos de investigación en universidades o instituciones privadas, por lo que desaparecen de escena los autores provenientes del mundo político o directamente de los medios de comunicación. Esto guarda relación con el cambio de los marcos espacio-temporales en los que se desenvuelven los textos: la perspectiva histórica se vuelve predominante en el tratamiento de los temas y problemas a investigar, por sobre una visión contingente o coyuntural de los mismos.

Casi el 90% de los textos tiene la forma de un ensayo teórico, relegando los informes de investigación a menos del 10% de los trabajos. Esto es indicativo, como ya insinuamos, de la importancia que se da a la discusión con marcos teóricos por sobre la discusión técnica de resultados. En este sentido, es interesante notar tanto la dispersión disciplinaria de los autores (que provienen de la comunicación, el periodismo, la literatura, la sociología, la lingüística y la antropología, fundamentalmente; ya no del derecho, la psicología o la economía, como en el periodo anterior) como la mixtura metodológica que los artículos presentan, en la cual es más común percibir trabajos que recurren a los estudios de curso en combinación con algún otro método (como la etnografía o el estudio histórico) que textos asentados en métodos empíricos o de economía política.

La introducción de los Estudios Culturales determinará el carácter de la investigación comunicacional en perspectiva crítica durante toda la siguiente década, pero no logrará desplazar completamente una perspectiva científica empírica que será cultivada con regularidad en la academia. El número 29 de *Diá-logos*, por ejemplo, bajo el monográfico “Procesos políticos, elecciones y comunicación en América Latina” (1991), presenta un destacable número de artículos asentados en una aproximación empírico-funcionalista. Como si al preguntar por asuntos como los procesos electorales nos viéramos compelidos a reponer la centralidad del medio y de las preguntas por los efectos y las conductas. De esta forma, conviven en la práctica académica modos de investigación estabilizados en dos matrices bien diferenciadas. Para ciertos temas: enfoques culturalistas; para otros: empíricos y experimentales. La tendencia se repite en el número 42, dedicado a “Procesos políticos y comunicación” (1995). Frente al problema de lo político, aparecen claramente dos tradiciones paralelas que no dialogan: se toma partido por una o por otra.

El resultado de esto será que, hacia mediados de los años noventa, existirán dos tradiciones científicas simultáneas para el mismo problema. La diferencia entre ambas tradiciones no será nítida ni se establecerá de manera institucional, pero bastará con revisar el vocabulario de los artículos, sus marcos teóricos o las referencias convocadas para reconocer el lugar epistemológico desde el cual hablan los autores.

El campo académico de la investigación parece haber adoptado en este periodo dos concepciones diferentes y mutuamente excluyentes sobre la comunicación: por una parte, entendiéndola como objeto de un marco científico funcionalista particular, basado en los métodos de las ciencias sociales y centrado

en el estudio de los medios; y, por otra parte, comprendiéndolo como un problema cultural y político central en las formación de las prácticas e identidades sociales contemporáneas, sustentado más en los estudios de discurso y de las prácticas ligadas a él.

La segunda mitad de la década de los noventa presenta un nudo de dos fenómenos indisociables: la instalación definitiva de la comunicación como área disciplinaria en las universidades latinoamericanas (véase Sosa, 2000), con la consiguiente institucionalización de la perspectiva crítica culturalista y de la perspectiva empírico-funcionalista, muchas veces sin una nítida diferenciación, a pesar de sus evidentes exclusiones epistemológicas.

El periodo 1996-2001 verá casi duplicado el promedio de artículos publicados en cada revista respecto del periodo anterior (de 7 en 1986-1995 a 11 en este periodo). Esto supondrá una dispersión y fragmentación de los temas trabajados, así como de las referencias bibliográficas utilizadas. Muchos de los temas están, en principio, dentro de la órbita de los intereses de la comunicación en perspectiva crítica, pero, como veremos más adelante, su tratamiento en la práctica se orienta hacia el estudio empírico: la relación medios-democracia (16,2%), los regímenes democráticos (9,5%), la libertad de expresión (9,5%), televisión (9,5%), radio (8,1%), globalización (8,1%), NTIC (8,1%), la violencia y el delito (8,1%) y el neoliberalismo (6,7%). Si bien las principales referencias son todavía Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Armand Mattelart y Guillermo Orozco, el peso relativo de estos autores disminuye respecto del periodo anterior y el campo se abre a autores que provienen de campos tales como la ciencia política, el análisis tecnológico y los estudios sobre efectos mediáticos de alcance medio: Pierre Bourdieu, Manuel Castells, UNESCO, Dominique Wolton, Robert Dahl y José Luis Piñuel. Resulta evidente el eclecticismo de las referencias, del mismo modo que es notorio, tanto en los temas como en los autores citados, el reposicionamiento de los medios como preocupación central en el estudio de la comunicación.

Disminuye ostensiblemente el número de textos que transcriben entrevistas, discursos o ponencias, al tiempo que aumenta la modalidad de “informe de investigación”, con su clásica estructura introducción-resultados-discusión-conclusiones. El ensayo seguirá siendo la modalidad textual mayoritaria del periodo (66%), pero no se trata de un ensayo en el que se presenten reflexiones o discusiones teóricas, sino de un tipo de “ensayo académico” con carácter híbrido, a medias entre el típico *paper* anglosajón y la tesis de grado universitaria. Un tercio de los textos exhibe el empleo de métodos empíricos o de análisis económico y estadístico, y otro tercio emplea métodos mixtos entre estas mismas aproximaciones y métodos discursivos. Estos últimos forman el último tercio de los métodos empleados, lo que evidencia el declive del “giro discursivo” en las prácticas de investigación del periodo.

Estos fenómenos no solo reafirman la percepción de que el campo de estudios que se institucionaliza en las universidades modela un cariz doble –el estu-

dio de los medios desde una perspectiva empírica y el estudio de los discursos desde una perspectiva crítica, un modelo de comunicación de las ciencias sociales y otro de las humanidades– sino que también advierte que ambas concepciones sobre la comunicación van progresivamente borronando sus límites y confundiendo al interior de una sola y misma práctica “disciplinaria”, cuya identidad no es otra que la de las instituciones universitarias que la alojan. Esto es otra forma de decir que la práctica de los investigadores comienza a uniformarse, con consecuencias en la estandarización de los modos textuales, como ya vimos, y que podría también verificarse en la concentración de las formaciones disciplinarias de los propios investigadores, que provienen cada vez más de los programas de pregrado y postgrado de comunicación (administrados por los nuevos departamentos y facultades latinoamericanos, o de las academias españolas o estadounidenses) y cada vez menos de campos como la literatura, la filosofía, la historia –todas humanidades.

Del mismo modo que las disciplinas y formatos textuales se homogenizan, el alcance de los resultados de las investigaciones se concentra también en ámbitos bien específicos: los textos se orientan preferentemente a la intervención en debates contingentes y nacionales (por ejemplo, al hablar de telecomunicaciones, campañas públicas o legislaciones de prensa) y pierden presencia los debates regionales latinoamericanos y los trabajos de perspectiva histórica, que sin dejar de ser significativos, ya no son la tendencia predominante.

El fin de la década de los noventa encuentra a la comunicación como un campo instalado en los departamentos universitarios y modelado de acuerdo a sus exigencias institucionales: con mayor producción académica, más uniforme, pero cuyos resultados tienen alcances limitados preferentemente a las coyunturas nacionales y cuyas preguntas han vuelto a mirar, como objeto particular, a los medios masivos de comunicación. En este contexto, la literatura crítica se ha transformado en el “marco teórico” de unas investigaciones generalmente conducidas por métodos cuantitativos o funcionalistas.

Durante los últimos años conviven en la academia preocupaciones redivivas por la relación entre cultura y comunicación con retornados intereses por los medios y las tecnologías²; se acude a literatura sociológica e histórica junto a revisitaciones a los autores de la teoría de los efectos;³ se consolidan los métodos discursivos, pero mixturados con enfoques cuantitativos;⁴ en definitiva, convi-

2 Los principales temas estudiados en el periodo 2001-2013 son: medios masivos (13,3%), casos de discurso mediático (11%), estatuto científico de la comunicación (8,3%), periodismo (7,5%), NTIC (6,7%), democracia (5,8%) y espacio público (5,8%).

3 En un ámbito general, los principales autores referidos en el periodo son: Jesús Martín-Barbero, Jürgen Habermas, Néstor García Canclini, Manuel Castells, Michel Foucault, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Guillermo Orozco, Zygmunt Bauman y Raúl Fuentes. La literatura referida en este periodo es casi el doble de la de periodos anteriores, lo que reduce el valor específico de cada autor y desdibuja la percepción de corrientes y tradiciones.

4 Un tercio de los artículos recurre a métodos mixtos, principalmente entre distintos tipos de análisis discursivo o discursivo con base experimental y métodos experimentales con etnográficos; un quinto de los estudios recurre a métodos experimentales cuantitativos y el resto de los trabajos acude a diversos métodos, como el análisis histórico, análisis crítico del discurso, análisis retórico, etnografía, análisis estadístico o de contenido.

ven sin diferenciación las dos concepciones de comunicación antes descritas. El rasgo más importante del periodo, sin embargo, es su ingente producción: desde 2002 se publica casi el doble de artículos que en el lustro anterior y casi cuatro veces más que a comienzos de los noventa. Esta enorme producción es también más uniforme, y los formatos, estilos y parámetros de la investigación se homogenizan. Escribimos más, pero de manera menos variada. Tal uniformidad parece explicarse por la homogenización de los modos textuales (con la consolidación del “ensayo académico”, que es esencialmente una mini-tesis de siete mil palabras) y de las formaciones disciplinarias. El carácter del campo de estudios académico, ecléctico a la vez que uniforme, se expresa en su falta de orientación política: los estudios apuntan por partes iguales a intervenir en la contingencia o a mirar con distancia histórica, y la mitad de los textos no tiene una clara vocación local, nacional o latinoamericana. Las líneas editoriales de los números monográficos se fragmentan y pierden organicidad.

La percepción de este conjunto es que las perspectivas críticas no desaparecen pero pierden fuerza: compelidas por las agendas institucionales y las políticas universitarias, pierden autonomía en la definición de sus objetos y formulación de sus tesis; sometidas a una relación problema-marco teórico-método demasiado estructurada y escolar, las investigaciones simplifican las discusiones teóricas y las complejidades conceptuales a versiones posibles de categorizar de manera positiva.

La confusión entre perspectivas epistemológicas y las discrepancias entre teoría y práctica investigativa habrían sido “resueltas” apelando a la identidad que le otorga al campo su inscripción institucional, la que se funda en una narrativa histórica unificante (en la que la perspectiva crítica y el momento culturalista son una fase o etapa de una secuencia de perspectivas teóricas) y en la apelación sin más a la naturaleza científica del campo.

Un primer rasgo de esta apelación científica es la referencia a la historia del campo académico de la comunicación. A lo largo de los artículos examinados, diversos autores revisan la historia de las investigaciones en comunicación como una historia de fases, etapas e hitos, en los cuales la aparición de la perspectiva crítica bien significa nada más que otra etapa o fase de esta historia, bien la realización de una especie de conciencia que da forma y madurez epistémica a esta disciplina.

En el relato sobre las etapas de la historia de la comunicación en nuestra región, la crítica aparece una y otra vez como una perspectiva dentro de un marco teórico mayor. Se diferencia de otras perspectivas por el carácter reflexivo de su análisis, por la menor facticidad de sus objetos o por el sentido contextual de sus preguntas, pero no constituye ella misma una *episteme* sino, por el contrario, alimenta otro nivel más profundo de legitimación de las prácticas investigativas. Nos referimos al esfuerzo persistente por vincular y validar los estudios en comunicación en su correspondencia con la “ciencia” o con las “prácticas científicas” y, en particular, con las “ciencias sociales” en primer

lugar y las “humanidades” en segundo lugar. Los artículos revisados dan cuenta de este razonamiento de manera constante a lo largo de las diversas décadas comprendidas en nuestro examen. La legitimidad del saber producido por la investigación crítica es su validación científica y, por supuesto, esta validación se juega también en el campo institucional en el cual ciertas prácticas de investigación –reiteramos– son tenidas por “válidas” en tanto que “científicas”.

Podríamos pensar entonces que el esfuerzo epistémico más consistente no ha sido el de establecer congruencias entre paradigmas teóricos sobre la comunicación y ciertas prácticas de estudio que le serían propias, sino el de justificar el carácter científico de la investigación en comunicación por medio de la verificación de sus marcos y métodos como propios de las ciencias sociales.

3. La administración política del saber comunicacional

La consigna instalada es: *la comunicación debe ser ciencia o, al menos, parecerlo*. Este es el predicamento que explicaría que tradiciones teóricas críticas provenientes de las humanidades y las ciencias sociales, de carácter difícilmente “disciplinaria”, sean reducidas a una caja de herramientas dentro de una fórmula metodológica que no produce conceptos ni problemas con cierto grado de universalidad, sino resultados e indicadores. Operaciones como las que describimos nos llevan a preguntar si los “marcos” utilizados no son más “referenciales” que “conceptuales” (Carlos Vidales, 2015, p. 30) o hasta qué punto estos logran ser la articulación de los factores teóricos involucrados, tanto en la mirada que recae sobre los objetos, como sobre la propia complejidad de este.

Lo que decimos no tiene, sin embargo, solo relevancia en el ámbito de las prácticas de investigación. La distinción y entremezcla que destacamos más arriba es, al mismo tiempo, la expresión de una ostensible inconsistencia epistemológica, no sin consecuencias para el “campo” de la comunicación en América Latina. Nos referimos no solamente a un concepto empobrecido de la política que separa artificialmente la comunicación de las prácticas discursivas, más aún de las tenidas por “científicas” –mote que, por su parte, cae también en un detrimento teórico, toda vez que lo científico es por sí mismo objeto de un intenso debate epistémico y metodológico sensible en muchas disciplinas– sino sobre todo o más particularmente a la pervivencia, en el seno mismo de estos estudios, de dos enfoques en principio distintos e incluso en disputa: el empírico-funcionalista y el crítico-culturalista, que, sin embargo, aparecen tramados en una misma práctica investigativa sin ningún fundamento que sostenga esta imbricación, no contando con una explicación que le de coherencia epistemológica. La tensión indicada puede entenderse en el seno de las exigencias que se harán sentir a partir de la década del 90 sobre la comunicación, concebida ahora como área disciplinaria en las universidades latinoamericanas (Sosa, 2000). Asistimos así a otra curiosa paradoja: la inconsistencia epistemológica señalada

se da en un contexto de bastante consistencia o coherencia institucional. Los requerimientos de validación o normalización de los estudios en comunicación adquirirán un peso o una relevancia institucional y personal que se impondrá por sobre cualquier disputa por el sentido de estos estudios. Es esta sobre-determinación la que actuará como una *política de investigación* cuya pujanza y poderío nosotros no vamos ciertamente a desconocer.

Lo que se constata, en el fondo, es que el arrimo a la matriz histórica moderna de ciencia se reduce más bien, como ya hemos insinuado, a un conjunto de procedimientos estandarizados, en cuyo caso es la mayor o menor experticia en su manejo o aplicación lo que define el grado de “cientificidad” de las prácticas de investigación. Estas prácticas, si bien están en condiciones de resolver la organización de sus objetos de investigación, se hallan por otra parte menos dotadas para advertir el tipo específico de “racionalidad científica” que la sustenta (hay más de una): su historicidad y su diversidad, así como sus rendimientos, límites o superaciones posibles (Carlos Pérez Soto, 2012, p.19).

Esta carencia de reflexión histórica y epistemológica, indispensable para que el campo de la comunicación se mantenga vivo, “no es exclusiva –nos recuerdan Lydia Sánchez y Manuel Campos– de la teoría de la comunicación, sino que es extensible a ciertas variedades de ciencias humanas y sociales en general. Creemos, no obstante, que en el caso de la comunicación es más que evidente” (2009, p. 7), cuestión que se hace notoria, añadimos nosotros, a la luz de su historia más reciente.

Conducidos por unos inescapables procesos de institucionalización y de burocratización, las actuales prácticas de investigación en comunicación –nos referimos, como es evidente, a aquellas que buscan reconocerse en las tradiciones críticas– se han venido desenvolviendo en una escena que establece un nítido contraste con la que se dio en las décadas anteriores. El carácter “científico” de la comunicación parece reflejarse más en las rutinas de proyectos y formularios, en las normas de publicación indexada, en las tasas de citación e impacto, es decir, en los protocolos de administración de la productividad de los investigadores, antes que en la problematización teórica o política o en la discusión acerca de la pertinencia metodológica de los trabajos en perspectiva “crítica”. Volcados, así, los investigadores a la gestión de sus propios proyectos o al desarrollo de aquellos que han caído más bien en sus manos, estas prácticas están en la actualidad afectadas por cuatro pérdidas o carencias que darían cuenta de un déficit teórico de la perspectiva crítica y su subsunción en un régimen productivo institucional. Son ellas la que le dan cuerpo o visibilidad a lo que hemos creído percibir como el *declive* de los estudios críticos en comunicación.

3.1. La pérdida de perspectiva histórica y epistemológica

Los estudios en comunicación han venido instalando una nueva/antigua matriz desde la cual el “campo” de la comunicación se ha podido proyectar. Se trata, de-

cíamos, de aquella matriz que en un sentido genérico podemos calificar de *moderna* (Mattelart, 2002) y que, en este caso, se expresa en un esfuerzo persistente por vincular y validar los estudios en comunicación en su correspondencia con la “ciencia” o con las “prácticas científicas”. Una matriz que si bien no permite validar directamente las inconsistencias señaladas, entre otras razones porque no siempre las reconoce como tales, puede al menos desarrollar una retórica que, desde su propia autonomía enunciativa, evite la marginalización institucional o universitaria.

Como es de esperar, el arrimo a la matriz moderna es de dulce y agraz. Uno de los rasgos importantes de esta matriz es su sensibilidad histórica. Esta sensibilidad que trae en sus entrañas –podríamos decir– una perspectiva crítica o de revisión de lo realizado, de sus fases y cambios, es posible comprobarla en no pocos autores y artículos de las revistas que hemos consultado (Salinas, Stange & Ossandón, 2015, 2015b). Del mismo modo, y formando parte de la misma matriz (particularmente dispuesta, como se sabe, desde Descartes en adelante, a la consideración de los problemas del conocimiento), hay que reconocer la presencia en distintos periodos de artículos de corte epistemológico que revisan el estado de la investigación en comunicación en América Latina. Artículos tales como “¿Hacia dónde va la investigación en comunicación?” de Valery Pisarek (1989) o “Desafíos de la investigación en comunicación” de Rafael Roncagliolo (1989) o el más reciente de Juan Carlos Arias y Sergio Roncallo (2012), son solo una pequeñísima muestra de lo que decimos.

No deja de ser curioso, sin embargo, que los recuentos históricos o revisiones del estado del “campo” y de la investigación, así como las problematizaciones epistemológicas, operen de un modo paralelo o no tengan una incidencia mayor en una muy considerable cantidad de estudios que, aun bastante advertidos de la necesidad de reconstituir los debates o las distintas aproximaciones del problema específico o circunscrito que se investiga, no se sienten mayormente concernidos por los modos como se ha venido configurando el “campo” en un plano más global o constituyente. En estos estudios, los “problemas” examinados o su “estado del arte” no se conciben formando parte de unos giros, de unas inflexiones o de unos debates capaces de comprometer los grandes ejes de un “campo” cuya dispersión no se riñe con su creciente homogenización. Estos estudios están más interesados en agotar la bibliografía directamente pertinente al objeto elegido que en discutir o remover lugares o modalidades de enunciación más generales, fundantes o institucionales⁵, cuestión que tiene como una de sus consecuencias la atomización y deshistorización (ver Carlos Vidales, 2015) que

5 Para M. I. Vassallo de Lopes y R. Fuentes, la reflexión en el campo de la comunicación sobre el factor institucional es más bien pobre. Dicen: “Es fácil constatar el reducido interés en cómo se institucionalizan los estudios de comunicación en nuestros países. Pero también lo es verificar la ausencia de reflexión acerca de los mecanismos y procesos institucionales dentro de los proyectos de investigación, a comenzar por la reflexión sobre la propia elección de un objeto de estudio que, como bien se sabe, está condicionada por los no poco visibles mecanismos de fomento a la ‘investigación inducida’” (2001, p. 9).

se aprecia en este campo del saber. Como si se hubiese perdido la costumbre de pensar “en contra de” en aquellos aspectos donde se juega la racionalidad o el sentido de lo que se hace. Como si la ideología implícita fuese “cada cual a lo suyo”, que lo que se haga esté “bien hecho” y ojalá “sirva”.

Sin una perspectiva histórica del campo, sin la obligación de remover tradiciones o formas de investigar más constituyentes u organizadoras, los estudios actuales en comunicación, incorporando el carácter crítico de sus “marcos teóricos”, son fácil presa de los indicadores propios de las revistas de “corriente principal”. Y esto en desmedro de la importancia estratégica y política que tiene hoy la comunicación, ya suficientemente advertida por varios investigadores, y de la impronta de suyo crítica que tiene la matriz en la cual descansan los estudios en comunicación.

Es claro que la situación que describimos no atañe tan solo a América Latina. Bryant y Miron (2004), en su revisión longitudinal de 135 ediciones de las tres más antiguas revistas de comunicación estadounidenses, publicadas entre 1956 y 2000, constatan que los artículos allí presentados aluden a más de 600 teorías de la comunicación diferentes (entendiendo por teoría: hipótesis, supuestos y explicaciones acerca de los fenómenos abordados). Del mismo modo, constatan que sólo el 26% de las referencias se utilizan para construir marcos teóricos y apenas el 3% para sustentar proposiciones interpretativas, mientras que el 48% son meras referencias. En sus conclusiones, indican que tanta producción académica no ha tenido como resultado un mayor conocimiento del fenómeno ni ha permitido desarrollar mayores capacidades teóricas para explicar, comprender o predecir la realidad.

Por otra parte, y haciendo valer unas distinciones que son pertinentes para el presente artículo, Miquel De Moragas, señala:

En 1959, Bernard Berelson, entonces profesor de la Universidad de Chicago y colaborador de Lazarsfeld, publicó un polémico y estimulante artículo con el título de “The State of Communication Research” (Berelson 1959) que se inicia con la provocativa frase de ‘My theme is that, as for communication research, the state is withering away’, que puede traducirse como ‘Mi propuesta es que, por lo que respecta a la investigación en comunicación, la situación es de decadencia’.

Wilbur Schramm, uno de los principales divulgadores y organizadores académicos de la investigación especializada en comunicación en Estados Unidos, replica que la *communication research* se encontraba en un momento de máximo desarrollo y esplendor (Schramm 1997). John Durham Peters (1986) al interpretar este debate señala que ambos autores se están refiriendo a cosas distintas. Berelson se refiere al estado intelectual del proceso, mientras que Schramm, que reivindica el status académico de los estudios de comunicación, se refiere más bien a su indiscutible éxito administrativo. Este debate es aún hoy plena-

mente vigente, entre un cierto triunfalismo por el incremento de las carreras de comunicación y la crítica por el escaso desarrollo intelectual de estos estudios.

John Durham Peters critica que se confunda la solidez intelectual (frutos teóricos) con la vitalidad institucional, el poder institucional académico con la competencia científica, e ironiza sobre la insistencia de Schramm en referirse a los *forefathers* utilizando los mismos esquemas de quienes se refieren a los padres fundadores de la nación para defender y delimitar sus territorios (Peters 1986: 537)". (2011, p. 62-63)

3.2. La pérdida de la comunidad discutidora

Liberados del objetivo de mantener viva una comunidad discutidora o interpelladora, los esfuerzos en comunicación, por loables que sean, por bien formulados que estén los proyectos, ya no se reconocen –al menos no recurrentemente– en espacios culturales, históricos o epistemológicos más amplios. Es lo que hace que sea cada vez más difícil toparse con demarcaciones que pongan *de otro modo* los mismos objetos. Tal como en su momento se repuso el interés por las “industrias culturales” y sus “mediaciones”, en lugar de la atención exclusiva que se prestaba a los medios, entendidos como un factor exterior a los procesos de construcción o reconocimiento simbólico. Esto a través de una operación teórico-política que permitió a Jesús Martín-Barbero trazar un importante (e injusto, diríamos hoy) contraste entre Adorno y Benjamin, diferenciando la intransigencia ante el orden como propio del arte, la radical enemistad entre la “experiencia estética” y las “industrias culturales” en el primer caso, y las complejas o diversas relaciones que mantiene el público masivo con el arte post-aurático, en el segundo (ver Martín Barbero, 1987; Jimenez, 2001). Tal como se dio igualmente, por poner otros ejemplos, en la polémica entre Eliseo Verón y Armand Mattelart, entre “semiologistas” y “sociologistas” (De Moragas, 1981, p. 261), bastante decisiva para el futuro del campo, sin olvidar la contundente crítica de este último a la *communication research* (Mattelart, 1970), igualmente importante tanto desde un punto de vista político como epistemológico.

No habría que entender los ejemplos mencionados como una expresión de nostalgia, como si “todo tiempo pasado fuese mejor”. No es la defensa de un tiempo ido lo que nos mueve, sino, antes bien, la posibilidad de entender mejor nuestro presente a partir de la manifestación de las diferencias que lo constituyen. No habría que creer igualmente que lo que se da es un contraste grueso entre un tiempo de polémicas y un tiempo que prescinde de ellas. Las polémicas no han desaparecido del campo de la comunicación y se han visto surgir algunas nuevas ya bastante alejadas de la “periodística”, como la que se da, por ejemplo, en torno a la relación entre comunicación e interculturalidad (*Comunicación y medios*, n. 21, 2010) o sobre las distintas acepciones de la video-política (Arancibia, 2006), polémicas éstas que, a diferencia de muchas otras, sí tienen en mente la configuración del “campo”. Sin embargo, esto último no es lo habi-

tual. Las polémicas, cuando las hay, suelen más bien circunscribirse al objeto analizado y no son, por lo mismo, suficientemente significativas para el curso del propio campo. Si bien no cabe, por otra parte, atribuir la pérdida que describimos a variables principalmente individuales, ya que lo que se aprecia es más bien estructural, es claro que las actuales investigaciones ya no parecen particularmente dispuestas a exhibir un talante similar al que se dio en un periodo donde el compromiso del investigador era más dilatado. Sin mayor incidencia en su propio “campo”, sin una comunidad a la cual interpelar, estas investigaciones suelen flotar en una cierta inercia y asepsia más pendiente de réditos propios que de intervenciones teórico-políticas. Aunque suene duro decirlo, participan así de unas racionalidades o “diagramas” de poder, según expresión de Gilles Deleuze (2015), cuya mantención necesita más de individuos disciplinadamente competitivos que de comunidades activas o interpeladoras.

La ausencia de comunidad discutidora no es un accidente más, afecta el “nervio” de los estudios en comunicación. Sin comunidad discutidora, volcados los investigadores a cuestiones de su incumbencia, no hay tampoco, en el corto o largo plazo, “campo” que resista.

Se ha señalado que esta pérdida no sería separable del desarrollo del capitalismo cognitivo, de las crecientes lógicas de producción de capital simbólico que someten al trabajo de investigación (así como al trabajo creativo) a unas dinámicas para las cuales la discusión es ociosa, es decir, poco rentable. Un tipo de investigación que no tiene relación entonces con “sentidos” (interpretar, comprender, imaginar) sino, antes bien, con “rendimientos” (controlar, aplicar, impactar) (Ossa, 2017).

La pérdida de la comunidad discutidora, unida a la inconsciencia sobre su falta, ha impedido a los investigadores la discusión sobre las distintas figuras que esta comunidad podría tomar. ¿Qué frutos podría dar, por ejemplo, una revisión de la idea de comunidad que propone Jean-Luc Nancy (2016), vale decir, una no formada en la unidad de un mito que anula las diferencias e impone un sentido, sino en su capacidad de articular singularidades y dar cauce y significación a los conflictos? ¿Una comunidad que, para el caso, no sea un conglomerado simple de investigadores reunidos bajo un concepto unitario y no problematizado de “ciencia”, sino de auténticos lectores-escritores que en su diversidad reconocen en la comunicación un campo de controversias propio? La falta de sensibilidad hacia este tema, que no es irrelevante para las prácticas mismas, y que se impone sin que los sujetos concernidos hayan sido actores activos en la configuración de su comunidad, impide abrir un tiempo distinto al de la aceleración y la hiper-actualización universitaria (Brower, 2015), una suerte de otro tiempo, más retraído y extendido a la vez, no disociado de la pregunta por la dirección que guía lo que se hace o proyecta y que pueda, por ejemplo, contraponer la imagen de la atomización de la producción científica actual (cada investigador o cada

grupo es un “emprendedor” individual, una *pyme*⁶ del conocimiento, que compite con los demás por fondos y reconocimientos en el “mercado científico”) con la imagen de la constelación benjaminiana: un campo dibujado con cierto desorden, pero según patrones claros, en los que núcleos fuertes atraen en torno suyo autores, debates, conceptos, que movilizan la producción; un campo de fuerzas que produce en primer término sentidos, no rendimientos, cuya estructura no es el resultado de un ordenamiento administrativo, sino que es la expresión de la potencia de ciertos objetos, debates y conceptos, que varían según el momento histórico y la necesidad social (Benjamin, 2005).

3.3. La pérdida de la dimensión grupal y referencial

Hoy parece ser cada vez menos corriente enfrentarse a emplazamientos que hagan gala de su dimensión grupal, declarativa o testimonial. Las revistas de comunicación son cada vez más, aunque no sin dejar de reconocer ciertas resistencias o coherencias, espacios sin grandes convicciones, básicamente repositorios de “buenos” artículos. En el contexto de la dispersión, deshistorización o atomización señaladas, es cada vez más difícil precisar referentes teóricos más o menos singulares, debates, perfiles o nuevas inflexiones epistemológicas.

La desaparición de las revistas *Punto de vista* de Argentina el 2003 y, después de 18 años de existencia en Chile, el 2008, de la *Revista de Crítica Cultural*, son un síntoma de lo que decimos. La primera contó con la muy destacada animación de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, cumplió un rol anticipador de los *estudios culturales* en América Latina y ofreció sus páginas a autores (Raymond Williams, H. R. Jauss, Eliseo Verón, Néstor García Canclini, Renato Ortiz, entre tantos otros) que serán importantes en no pocas definiciones en el campo de la cultura y también en el de la comunicación. La segunda, dirigida por Nelly Richard, publicó trabajos relevantes en temas de arte y política y estuvo particularmente atenta a los debates más actuales de la escena latinoamericana.

Los estudios en comunicación no son hoy, en rigor, mayormente distinguibles de otros estudios en ciencias sociales, y han dejado de ser un eje –proyectable en otros “campos”– la característica inter o transdisciplinaria que constituye una de sus más interesantes marcas diferenciadoras. Lo que ha sucedido es más bien lo contrario: “las disciplinas sociales –señala Erick Torrico (2010, p.14)– no reconocen a la comunicación en su peculiaridad e incluso varias de ellas la consideran un mero apéndice suyo”. La pérdida de la dimensión grupal y referencial es posible comprobarla también en los grandes centros de investigación en comunicación social que ya no tienen la nitidez o contundencia de antes.

En síntesis, los estudios en comunicación suelen operar como si no existieran huellas, en la ausencia de una comunidad histórica y dialogante, más allá

6 En Chile, el acrónimo *pyme* designa a la “pequeña y mediana empresa”, es decir, a los emprendimientos de negocios al margen de la acción de grandes corporaciones.

de una “experiencia común” (Giannini, 1978), plegándose sin mayor cuestionamiento al desarrollo de una disciplina, la de la comunicación, cuya separación o diferencia con otras disciplinas es más artificial que real.

3.4. La pérdida de capacidad comprensiva

Los estudios en comunicación “explican”, analizan objetos específicos, establecen recurrencias, demuestran sus hipótesis, pero han perdido su capacidad de “comprender”, interpretar o dar sentido a estos objetos dentro de marcos más amplios o comprensivos, precisamente. Si bien hay no pocas referencias en estos estudios a la nueva formación cultural que nos rige, a la economía neoliberal o al nuevo estadio del capitalismo hoy, estas son más bien generales y no suponen en la mayoría de los casos una imbricación más constituyente entre los objetos específicos que se analizan y los distintos rostros o sentidos de la época que vivimos. Se escapa así la racionalidad o la motivación profunda de los hechos que se estudian. Por otro lado, aunque en una dirección parecida, se constata igualmente un déficit de “comprensión” en el ámbito de la investigación misma, cuestión que no solo se refleja en el dominio de la comunicación. Quedan así abiertas o sin responder preguntas fundamentales, que afectan el “sentido” del quehacer. Preguntas tales como: ¿cuál es el horizonte ético-político que guía la investigación? ¿Por qué se investiga lo que se investiga? ¿Qué hay en el objeto escogido o en la perspectiva desarrollada que justifique los días o las noches empleadas?

En lugar de una asunción reflexiva, que implique un cierto riesgo ético-político para el investigador, los trabajos suelen validarse al interior de las relaciones o correspondencias lógicas comprometidas en la propia construcción de los proyectos de investigación. Incluyendo las buenas o “progresistas” intenciones, son las relaciones entre el “objeto”, el “marco teórico” y la “metodología”, el “meta-relato” o la “narrativa” que guía buena parte de los estudios en comunicación. Escabullendo su dimensión “textual”, o no reconociendo la construcción discursiva que supone todo informe o *paper* (Sánchez, 2010; Santos, 2012; Ossandón, 2011), estos estudios están sobre todo interesados en construir un tipo de autoridad o de comunicación hacia dentro de la comunidad científica (Verón, 1999), cuestión de la que tampoco se salva el artículo que aquí redactamos.

La crítica en comunicación, sin dotes “comprensivas”, temerosa de una marginalidad que la acecha, disipa la tirantez –que sí se dio en una cierta etapa de los *estudios culturales*– entre los sujetos y los objetos intervinientes en la praxis de conocimiento. Por aquí se filtra, qué duda cabe, una variable “ideológica”, incluso conductual (bastaría con consultar los manuales de “método científico”), que también a su modo construyen subjetividades, formas de ser, e incluso sentidos, que se validan más en la “corrección” o “buen uso” de las operaciones específicas que en las representaciones o intenciones de diverso orden que pueda tener el investigador o lo investigado. Los estudios críticos en

comunicación, una vez asegurado el carácter “científico” de sus investigaciones, disueltas por lo tanto las tensiones o incomodidades no compatibles con las exigencias de la academia, regresan así a una escena pre-crítica, no advertida de sí o de las condiciones constituyentes del conocimiento – desde un cierto ángulo anterior a Kant, se podría decir.

4. En los brazos de la academia globalizada como corolario de las cuatro pérdidas

La pérdida de perspectiva histórica y epistemológica, de la capacidad comprensiva, de la dimensión grupal o referencial, así como el fin de la comunidad discutiadora, son el precio que han debido pagar los estudios críticos en comunicación para ser incorporados a los paradigmas hegemónicos.

Contando con la “ciencia” como regazo, y sobre todo con el apoyo de los métodos y técnicas de investigación usados principalmente por las ciencias sociales, estos estudios operan más de un modo normativo que reflexivo y son, en general, poco distintivos sus trasfondos epistemológicos. Las investigaciones suelen reducir las complejidades conceptuales a versiones posibles de categorizar de manera “positiva” o “factual”, como no parece haber mayor interés en la pregunta más compleja capaz de vincular ciertos paradigmas teóricos en comunicación con prácticas de estudio y objetos que les serían propios. En este específico terreno, parece evidente la escasez o inexistencia de “acontecimientos” (para usar libremente un concepto trabajado, entre otros, por Alain Badiou, 2003). En la revisión que hemos hecho no nos hemos topado, no al menos de un modo suficientemente nítido, con unas irrupciones o singularidades que, en la aplicación creadora de determinados paradigmas a realidades específicamente comunicacionales, sean capaces de desprenderse o esquivar lo que se ha venido haciendo normalmente, y que cuenten a su vez con la fuerza necesaria para afectar o cortar las propias coordenadas de validación y de conocimiento del campo mismo. Tal como se dio, por ejemplo, con distintos resultados y alcances, en el llamado “giro crítico” (Miquel de Moragas, 1981) de las décadas de 1970 y 1980, con la denuncia a la “influencia general de los modelos foráneos” en Luis Ramiro Beltrán (2000), o a la concentración de la propiedad de los medios masivos, o con la crítica a los rendimientos pretendidamente “científicos” o “neutrales” de la investigación estadounidense en comunicación social, o con la ampliación de lo ideológico en Eliseo Verón (1971) ya no asimilable tan solo al universo de las “representaciones” para reinstalarse como un espacio de “significación” en las complejas tramas y mecanismos de la comunicación, o con las no pocas traducciones o el impacto más allá de los círculos académicos de *Para leer al Pato Donald* de Ariel Dorfman y Armand Mattelart (1971).

Sin “acontecimientos” de este orden o envergadura, los estudios en comunicación pierden, desde la década del noventa en adelante, el potencial político,

crítico o disruptivo que se dejó ver en el contexto recién indicado, al formar ahora parte de unos muy poderosos procesos de cooptación o subsunción que no parecen detenerse ni ante la vida misma (Foucault, 1977). Ellos confirman así en lo esencial la distribución, relaciones o jerarquías, exclusiones e inclusiones, de los saberes en la administración del mundo.

Operando dentro de una matriz inequívocamente “moderna”, que se ajusta a los patrones, métodos y formas institucionalizadas, los estudios con vocación crítica se verán obligados a instrumentar su potencial político dentro de estas coordenadas. La peculiar combinación entre lo “crítico” y lo “positivo” es, así, la “treta”, quizás sin malicia ni ironía, que permite a estos estudios circular y validarse tanto ante sí mismos como ante una academia globalizada, incontrolable, fría, que pondrá cada vez más pesadas exigencias (acreditaciones, modos particulares del decir, rechazo al ensayo, un cierto “régimen de verdad” y del “tiempo” de la investigación, etc.), comprometiendo e incluso entusiasmando a los propios investigadores en la validez “científica” de estas exigencias. Bajo estas compulsiones, hasta la pregunta por el “modo de exposición” (Benjamin, 1990), por las “poéticas” o por las distintas elecciones signílicas o estilísticas intervinientes en cualquier trabajo creativo, le será negada a unos estudios que ya no se plantean la correlación entre la figura de sus discursos y la figura de la sociedad que se busca, tal como lo indica el primer epígrafe del presente ensayo.

Referencias bibliográficas

- Arias, J. C., & Roncallo, S. (2012). Reordenando la reflexión. De la epistemología a la política. Algunas preguntas sobre el campo de la comunicación. *Logos*, (21), 213-228.
- Arancibia, J. P. (2006). *Comunicación política. Fragmentos para una genealogía de la mediatización en Chile*. Santiago de Chile: Arcis.
- Badiou, A. (2003). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- Beltrán, L. (2000). *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica*. Bolivia: Plural Ediciones.
- Benjamin, W. (1990). *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Alfaguara.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Brower, J. (2015). Reflexiones en torno a la re-afirmación del sentido de la Universidad. *Estudios. Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 16 (17), 33-42.
- Bryant, J. & Dorina, M. (2004). Theory and Research in Mass Communication. *Journal of Communication*, 54 (4), 662-704.
- Castro-Gómez, S. (2001). Apogeo y decadencia de la teoría tradicional. Una visión desde los intersticios. Quito: I Encuentro Internacional sobre Estudios Culturales Latinoamericanos *Retos desde y sobre la región andina*. 13-15 de junio.
- Deleuze, G. (2015). *Foucault*. Buenos Aires: Paidós.

- Vassallo De Lopes, M. I. & Fuentes, R., comps. (2001). *Comunicación. Campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Ciudad de México: ITESO-U. Autónoma de Aguascalientes-U. de Colima-U. de Guadalajara.
- De Moragas, M. (1981). *Teorías de la comunicación*. México: Gustavo Gili.
- De Moragas, M. (2011). *Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gedisa.
- Dorfman, A. & Mattelart, A. (1971). *Para leer al Pato Donald*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. 1. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Giannini, H. (1978). Experiencia y Filosofía (a propósito de la filosofía en Latinoamérica). *Revista de Filosofía*, Universidad de Chile, 1 (1), 25-32.
- Jimenez, M. (2001). *Theodor Adorno. Arte, ideología y teoría del arte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Martín Barbero, J. (1978). *Comunicación masiva: discurso y poder*. col. Intiyán. Quito: Ed. Época-CIESPAL.
- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Ciudad de México: Gustavo Gili.
- Martín Barbero, J. (2002). *El oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Mattelart, A. (1970). Críticas a la Communication Research. *Cuadernos de la realidad nacional*, (3), 11-22.
- Mattelart, A. (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona: Paidós.
- Nancy, J. L. (2016). *La comunidad revocada*. Buenos Aires: Mar Dulce.
- Ossa, C. (2017). *El ego explotado. Capitalismo cognitivo y precarización de la creatividad*. Santiago: Facultad de Artes de la U. de Chile.
- Ossandón, C. (2011). Investigación en Humanidades. Escrituras y protocolos. *Debates Críticos*, (2), 36-38.
- Pérez Soto, C. (2012). *Sobre un concepto histórico de ciencia. De la epistemología actual a la dialéctica*. Santiago de Chile: LOM eds.
- Pisarek, V. (1989). ¿Hacia dónde va la investigación?. *Chasqui*, (31), 43-50.
- Reynoso, C. (2000). *Apogeo y decadencia de los Estudios Culturales. Una visión antropológica*. Barcelona: Gedisa.
- Roncagliolo, R. (1989). Desafíos de la investigación. *Chasqui*, (31), 51-55.
- Salinas, C., Stange, H. & Ossandón, C. (2015). Sin armas para la crítica. El estancamiento de los estudios críticos en comunicación y los viejos debates teórico-epistemológicos. En *Comunicación política y democracia en América Latina*. Juan Pablo Arancibia y Claudio Salinas, eds. Quito: CIESPAL (pp. 37-58).
- Salinas, C., Stange, H. & Ossandón, C. (2015b). Dos conceptos de comunicación subyacentes a las prácticas de investigación en América Latina y la búsqueda de una nueva/antigua matriz teórico-política. Medellín: XV Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social FELAFACS 2015 [Memorias

- del encuentro] (pp. 114-126).
- Sánchez, C. (2010). Institucionalización de la filosofía: entre la reflexión y el conocimiento productivo. *Mapocho*, (67), 373-385.
- Sánchez, L. & Campos, M. (2009). La teoría de la comunicación: diversidad teórica y fundamentación epistemológica. *Díálogos de la comunicación*, (78), 1-12.
- Santos, J. (2012). Tiranía del paper. Imposición institucional de un tipo de discurso. *Revista Chilena de Literatura*, (82), 197-217.
- Sosa, G. (2000). Hacia una configuración del ser y hacer del profesional de la comunicación, sus posibles escenarios de acción para el siglo XXI. *Razón y palabra*, (17), recuperado de [<http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n17/17gsosa.html>]
- Torrico, E. (2010). *Comunicación. De las matrices a los enfoques*. Quito: Ciespal.
- Verón, E. (1999). Entre la epistemología y la comunicación. *CIC*, (4), 149-155.
- Verón, E. (1969). Ideología y comunicación de masas. La semantización de la violencia política. En *Lenguaje y comunicación social* (pp. 133-191). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Vidales Gonzáles, C. (2015). Historia, teoría e investigación de la comunicación. *Comunicación y Sociedad*, Universidad de Guadalajara, (23), 11-43.